



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Semana del 9 al 15 de junio de 2019. Domingo de Pentecostés «¡Ven, Espíritu Santo!»

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Hechos de los apóstoles 2,1-11: Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar

Salmo: Salmo responsorial: 103: Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

2ª Lectura: 1Corintios 12,3b-7.12-13: Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo

Evangelio: Juan 20,19-23: Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo.

Monición: Se le llama al Espíritu Santo “el gran desconocido”, y es porque su acción e influjo aparecen imperceptibles ante nuestros ojos, de tal manera que, a menudo, nos cuesta tener una “relación personal” con Él.

A través de nuestros Retiros de Pentecostés, poco a poco vamos conociendo un poco más sobre esta Tercera Persona de la Santísima Trinidad, que es la Vida de la Iglesia. Aumentaré también mis diálogos con Él.

Mi oración será de adoración, de acción de gracias, de intercesión por los demás, de pedir perdón por mis miserias y faltas, de súplica por mis necesidades espirituales y temporales. Le pediré sometimiento a la voluntad divina y paciencia, para esperar confiado el tiempo y los tiempos de Dios. Mi oración, más que recitar fórmulas y textos, deberá ser un “mirar quieto y silencioso al Señor, sentir que Él me mira y yo lo miro, que Él me habla y yo le escucho.”

Ante Él no podré “ocultar” mi falsedad, mi mentira, mi injusticia. Él solo atiende si oro con humildad, con honestidad, con coherencia de palabra y de obra, si soy misericordioso y servicial con los demás.

No necesito decirle las buenas obras que hago, pues Él las conoce de sobra.

Mi oración, por tanto, será de adoración, de agradecimiento, de arrepentimiento, de expiación por mis culpas y de intercesión por las necesidades de otros.

Mi súplica debe ser para que el Espíritu Santo llene mi pobreza de su riqueza, cambie mi corazón de piedra por uno de carne, convierta mis actitudes de discordia en acciones de paz, perdone mi soberbia, mi autosuficiencia y mi pecado, y me permita estar arrodillado en su presencia, disfrutar de su compañía y servir con amor y paciencia especialmente a mis contradictores, recordando siempre lo que dice nuestra madre fundadora: *“Mi libertad se mide por la esclavitud del servicio a los demás”*.

Nos ponemos de pie y escuchamos atentamente el Evangelio:

Del Santo Evangelio según San Juan (Jn 20,19-23)

+++ Gloria a Ti, Señor

Ese mismo día, el primero después del sábado, los discípulos estaban reunidos por la tarde, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se puso de pie en medio de ellos y les dijo: “¡La paz esté con ustedes!” Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron mucho al ver al Señor. Jesús les volvió a decir: “¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió a mí, así los envío yo también.”

Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo: a quienes descarguen de sus pecados, serán liberados, y a quienes se los retengan, les serán retenidos.”

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

El pasaje que acabamos de leer nos habla nada menos que de la fundación de nuestra Iglesia, Católica y Apostólica; es decir, “universal” y “cimentada sobre la herencia de los apóstoles”, que



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

convivieron con Jesús y que recibieron de Él, directamente, el mandato de continuar (bajo la Luz y guía del Espíritu Santo) con la misión que Él había iniciado.

La fiesta del Espíritu Santo es la Fiesta del Amor, porque esa es la esencia del Santo Espíritu y de la Santísima Trinidad. Y por eso mismo, es también la Fiesta de la Unidad (que es y debe ser por siempre la esencia de la Iglesia, fiel a Su Fundador).

Sin la venida del Espíritu Santo, la Iglesia jamás habría sido “Iglesia”, habría sido nada más un grupo, más o menos numeroso de personas, que se reunían a contarse lo que Jesús había hecho, las hazañas que había realizado entre los hombres de su tiempo, y habría sucumbido hace mucho más de mil años...

No habrían tardado en aparecer “facciones” o grupos divididos, entre los que “dicen” que fue así y los que “sostienen” que fue así... Entre los que entendieron esto, y los que entendieron aquello; entre los que creen que las cosas se deben hacer de un modo y los que piensan que se debe de hacer de otro...

Las diferencias que existen ahora, sin embargo, entre las diferentes denominaciones cristianas, están basadas en la interpretación, pero no en la esencia de los acontecimientos, pues fue el mismo Espíritu el que recordó, iluminó y reveló las cosas a quienes narraron esos sucesos... Todas se basan, en esencia, en el mismo Evangelio.

En la Oración del Credo reconocemos que el Espíritu Santo es a la vez “Señor” y “Dador de Vida” porque Él es, al mismo tiempo que la Tercera Persona de Dios, la Luz que guía a la **Conversión**, la Fuerza que anima a un mayor **Compromiso**, y el Amor que une en **Comunión**.

Por eso llegó a decir Jesús a sus Apóstoles, en el momento en que les daba la triste noticia de su inminente partida: *“Se han llenado de tristeza al oír lo que les dije, pero es verdad lo que les digo: les conviene que yo me vaya, porque mientras yo no me vaya, el Protector no vendrá a ustedes. Yo me voy, y es para enviárselo...”* (Jn 16,6-7)

¿Quién podría entenderle o creerle, al amigo querido, al Maestro, al que sabían que los amaba entrañablemente, que su partida por medio de la muerte sería en verdad “conveniente” para ellos?

¡A nadie le puede convenir que se le muera un amigo así! Sin embargo, Jesús agregará: *“Aún tengo muchas cosas que decirles, pero es demasiado para ustedes por ahora.”* (¡Claro que era demasiado! ¡Para ellos y para cualquiera!)

Y Jesús insiste, para tratar de hacerse entender: *“...cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, los guiará en todos los caminos de la verdad. Él no viene con un mensaje propio, sino que les dirá lo que escuchó y les anunciará lo que ha de venir. Él tomará de lo mío para revelárselo a ustedes, y yo seré glorificado por él...”* (Jn 16,12-14).

Esta última aseveración es importantísima: *“Yo seré glorificado por él”*, Luego volveremos sobre este asunto...

“¡La paz esté con ustedes!” les dice y nos dice a nosotros, en el Evangelio que releemos hoy, Jesucristo ya resucitado, y San Juan, que estaba allí en persona, nos cuenta: *“Los discípulos se*



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

alegraron mucho al ver al Señor.”

Podemos imaginar lo que habrán sentido: una mezcla de alegría incontenible y a la vez un profundo temor, incertidumbre, principalmente sorpresa...

Ya sabemos, por lo que hemos venido viendo, especialmente a través del Catecismo en las semanas pasadas, que la imagen de Jesús estaba un poco diferente, debido a su naturaleza resucitada... Por eso el Señor les mostró las manos y el costado, como para hacerse reconocer bien y les volvió a decir: *“¡La paz esté con ustedes!”*

Luego vendrá el envío para ser y hacer Iglesia: *“...Como el Padre me envió a mí, así los envió yo también.”* (...): *“Reciban el Espíritu Santo”*. Sin ese soplo, sin esa Luz y esa Fuerza que derramó sobre ellos con ese soplo, sin el Espíritu Santo, no habrían podido “ir” a cumplir su mandato... No habrían podido asumir la responsabilidad del envío. ¡Nunca habrían salido de su encierro!

Por eso es fundamental la relación personal de todo cristiano con el Espíritu Santo, y tanto más en la medida en que más grande sea la misión que uno debe realizar para la Edificación del Reino...

Por allí nos resulta muchísimo más fácil entablar una relación personal con Dios Padre o con Dios Hijo, por supuesto, porque tenemos referencias humanas de lo que es un padre, por un lado, y porque conocemos la vida de Jesucristo, a través del Nuevo Testamento.

En el caso del Espíritu Santo, su mismo nombre pareciera dificultarnos esa relación... El Nombre del Espíritu (llamado “Ruaj” en hebreo y “Pneuma” en griego) se traduce como “viento” o “aliento”, y pues... es difícil imaginarse una relación personal con el viento o con el aliento...

Pero sabemos, por doctrina, que el Espíritu Santo es también, y fundamentalmente, una Persona de la Santísima Trinidad. Es LA Persona de Dios que mora y habita hoy en la Tierra, en la Iglesia de Dios, a partir de Pentecostés.

De hecho, el Santo Espíritu es la única garantía de que, después de haber tenido un encuentro personal con Jesucristo, te animarás a *seguir* a Jesucristo, a hacer lo que Él te dice...

Dios Padre nos ha mostrado “Su Rostro” en la Persona de Jesucristo: Él nos lo ha presentado como un Padre bueno e infinitamente misericordioso, pero es gracias a la acción del Espíritu Santo que esa “presentación” ha llegado hasta nosotros, hoy en día. Él fue Quien guió a los evangelistas, a Pablo y otros autores que ni conocemos, a escribir lo que leemos en el Nuevo Testamento.

Es gracias a la efusión de ese Espíritu que esa “presentación” ha sido capaz de tocar nuestros corazones, y de animarnos a participar de una “Casita de Oración”, para ir integrándonos paulatina y decididamente a la vida de la Iglesia por medio del ANE...

Como decía Benedicto XVI en una predicación que dio junto al rezo del Regina Coeli en el año 2009: *“El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia. Sin Él, la Iglesia sólo sería un gran movimiento histórico, una compleja y sólida institución social, quizá una especie de ‘agencia humanitaria’... En realidad, la Iglesia está incesantemente plasmada y guiada por el Espíritu de su Señor; es un cuerpo vivo, cuya vitalidad es el fruto del invisible Espíritu Divino”* (Benedicto XVI, Roma, 31 de mayo de 2009)

También nos decía el Papa Francisco, que sin el Espíritu Santo la Iglesia sería una especie de ONG



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

(Organización No Gubernamental) filantrópica y altruista.

Del mismo modo, sólo el influjo del Espíritu Santo, sólo su acción santificadora, purificadora y unitiva, es capaz de garantizar que todo lo que hacemos en el Apostolado sea para dar Gloria a Dios, y no para sentirnos nosotros más buenos, más capaces o más hábiles...

Sólo por obra del Santo Espíritu se puede trabajar sirviendo a Dios con Amor, con humildad, con obediencia, con perseverancia y con paciencia.

Nos dice el Catecismo que “cuanto más renunciamos a nosotros mismos, más “obramos también según el Espíritu” (CIC c. 736). Sin el Espíritu Santo no hay Conversión, no hay Compromiso y no hay Comunión.

Pidámosle pues a Dios, por intercesión de la Santísima Virgen María, que nos llene de su Santo Espíritu, a fin de que podamos pensar, sentir y hacer las cosas de tal manera que siempre le den Gloria a Dios y contribuyan a la salvación de las almas.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: (Leer pausadamente)

- a) “La Paz esté con ustedes” fue el saludo de Cristo... sus primeras palabras... ¿Cuál será la primera impresión que doy yo a los demás? ¿Cómo puedo transmitir la paz de Cristo a mis semejantes?
- b) ¿He meditado lo suficiente acerca del modo en que Cristo me libera de mis pecados, a través de Su Iglesia? ¿Me preparo debidamente para cada confesión? Y después, ¿cuánto tiempo velo atentamente para no volver a pecar?
- c) ¿Cuáles son los frutos que produce en mí el Espíritu Santo? ¿Se notan en mis acciones?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen comentarios. Buscaremos siempre la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo: Cánones 731-741, 797-801, 770-776, 849-852, 863

731 El día de Pentecostés (al término de las siete semanas pascuales), la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da y comunica como Persona divina: Desde su plenitud, Cristo, el Señor, derrama profusamente el Espíritu.

733 “Dios es Amor” (1Jn 4,8.16) y el Amor, que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor “Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rom 5,5).

736 Gracias a este poder del Espíritu Santo, los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos “el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza” (Gal 5,22-23). “El Espíritu es nuestra Vida”: cuanto más renunciamos a nosotros mismos, más “obramos también según el Espíritu” (Cfr. Mt 16,24-26). (Gal 5,25):

Por la comunión con él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado ‘hijo de la luz’ y de tener parte en la gloria eterna (San Basilio, Spir. 15,36).



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

738 Así, la misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el Misterio de la Comunión de la Santísima Trinidad (esto será el objeto del próximo artículo): Todos nosotros, que hemos recibido el mismo y único espíritu, a saber, el Espíritu Santo, nos hemos fundido entre nosotros y con Dios. Ya que por mucho que nosotros seamos numerosos separadamente y que Cristo haga que el Espíritu del Padre y suyo habite en cada uno de nosotros, este Espíritu único e indivisible lleva por sí mismo a la unidad a aquellos que son distintos entre sí... y hace que todos aparezcan como una sola cosa en él. Y de la misma manera que el poder de la santa humanidad de Cristo hace que todos aquellos en los que ella se encuentra formen un solo cuerpo, pienso que también de la misma manera el Espíritu de Dios que habita en todos, único e indivisible, los lleva a todos a la unidad espiritual (San Cirilo de Alejandría, *Commentarius in Iohannem* 11, 11: PG 74, 561).

797 “Lo que nuestro espíritu, es decir, nuestra alma, es para nuestros miembros, eso mismo es el Espíritu Santo para los miembros de Cristo, para el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia” (San Agustín). “A este Espíritu de Cristo, como a principio invisible, ha de atribuirse también el que todas las partes del cuerpo estén íntimamente unidas, tanto entre sí como con su excelsa Cabeza, puesto que está todo él en la Cabeza, todo en el Cuerpo, todo en cada uno de los miembros” (Pío XII). El Espíritu Santo hace de la Iglesia “el Templo del Dios vivo”.

801 Por esta razón se revela siempre necesario el discernimiento de los carismas. Ningún carisma dispensa de la referencia y de la sumisión a los pastores de la Iglesia. “A ellos compete sobre todo no apagar el Espíritu, sino examinarlo todo y quedarse con lo bueno”, a fin de que todos los carismas cooperen, en su diversidad y complementariedad, al “bien común” (Cfr. 1Cor 12,7, Cfr. LG 12, LG 30; CL 24).

770 La Iglesia está en la historia, pero al mismo tiempo la trasciende. Solamente “con los ojos de la fe” se puede ver al mismo tiempo en esta realidad visible una realidad espiritual, portadora de vida divina.

776 Como sacramento, la Iglesia es instrumento de Cristo. Ella es asumida por Cristo “como instrumento de redención universal” (LG 9), “sacramento universal de salvación”, por medio del cual Cristo “manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre” (GS 45, 1). Ella “es el proyecto visible del amor de Dios hacia la humanidad” que quiere “que todo el género humano forme un único Pueblo de Dios, se una en un único Cuerpo de Cristo, se coedifique en un único templo del Espíritu Santo” (Pablo VI, discurso 22 junio 1973); (AG 7; Cfr. LG 17).

863 Toda la Iglesia es apostólica mientras permanezca, a través de los sucesores de San Pedro y de los apóstoles, en comunión de fe y de vida con su origen. Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que ella es “enviada” al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envío. “La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado”. Se llama “apostolado” a “toda la actividad del Cuerpo Místico” que tiende a “propagar el Reino de Cristo por toda la tierra” (AA 2).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM 115 En este día en que se preparan para considerar Pentecostés, está bien llevar el pensamiento a aquellos amados Apóstoles que, sin sospechar nada, continuaban su vida de antes



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

como si Yo no hubiese pasado entre ellos sin cambiar radicalmente su futuro. Pensar que de golpe pasarían el día fúlgido de Pentecostés es un error. Entonces mírenlo pensativos y mediten que Yo haré otro tanto con ustedes, si aceptan verdaderamente Mi promesa.

Vendrá el Espíritu al haber tenido la Luz. La obra del Padre fue enviarme a esta tierra: Mi obra fue redimir; la obra del Espíritu sublimar. Esta última obra está en acto y cesará cuando todos estén salvados; es decir, todos aquellos que quieran ser salvos. Pero antes, suban Conmigo al Cielo, antes mediten cuánto los amo, hagan una oración ante Mi Sagrario y luego El Espíritu se derramará sobre ustedes.

7.- Virtud del mes: En junio practicamos la virtud de la **Obediencia** (Catecismo de la Iglesia, cánones: 143 – 144 – 511– 892 – 2251– 2197-2199)

Esta Semana veremos los cánones 2197 y 2199, que nos dicen lo siguiente:

2197 El cuarto mandamiento encabeza la segunda tabla. Indica el orden de la caridad. Dios quiso que, después de Él, honrásemos a nuestros padres, a los que debemos la vida y que nos han transmitido el conocimiento de Dios. Estamos obligados a honrar y respetar a todos los que Dios, para nuestro bien, ha investido de su autoridad.

2199 El cuarto mandamiento se dirige expresamente a los hijos en sus relaciones con sus padres, porque esta relación es la más universal. Se refiere también a las relaciones de parentesco con los miembros del grupo familiar. Exige que se dé honor, afecto y reconocimiento a los abuelos y antepasados. Finalmente, se extiende a los deberes de los alumnos respecto a los maestros, de los empleados respecto a los patronos, de los subordinados respecto a sus jefes, de los ciudadanos respecto a su patria, a los que la administran o la gobiernan.

Este mandamiento implica y sobrentiende los deberes de los padres, tutores, maestros, jefes, magistrados, gobernantes, de todos los que ejercen una autoridad sobre otros o sobre una comunidad de personas.

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CM 20: Aquellos que se humillan en obediencia a sus superiores, son obedientes a Mí. Quienes se humillan al principio y luego suben sus cabezas para desobedecer a sus superiores, están demostrando un orgullo oculto que ha sido plantado muy hondo dentro de ellos.

Yo les pido que sean obedientes a sus superiores en los buenos trabajos de Dios. El orgullo puede ser engañoso, hijitos; muchos desean ir por sí mismos pensando que Me obedecen, pero únicamente es a su orgullo a quien están sirviendo.

En verdad te digo, que a menos que sean obedientes a sus superiores religiosos, no pueden servir a ningunos de sus hermanos y menos hacer bien los trabajos de Dios.

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: Frente a Jesús Eucaristía, y pidiendo la luz del Espíritu Santo, meditaré sobre el testimonio de comunión eclesial que doy o no doy, y me esforzaré por hacerlo mejor.

Con la virtud del mes: Pediré al Espíritu Santo que se derrame sobre mí y me ayude a servir a Dios y a la Iglesia, con verdadero amor, con auténtica humildad y en perfecta obediencia, en este Apostolado.

9- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse brevemente a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.*